

# La Ilustración Católica



## SUMARIO.

TEXTO.—Revista, por V. P. Nulema.—Crónica de París, por D. F. M. Melgar.—Amaya, ó los rascos en el siglo VIII, novela histórica de Don Francisco Navarro Villoslada, por D. Gabino Tejado.—Los grabados, por X.—El vanidoso, por D. M. Polo y Peyrolon.—La Fuente del Pino, por D. Rafael Milan y Navarrete.

GRABADOS.—Juan de Arfe y Villafañe.—Iglesia de San Marcos en Famagusta, hoy mezquita de los turcos.—Vista general del Monasterio de Poblet.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.  
Tres meses. . . . . 16 rs.  
Un año. . . . . 60 »  
Cuba y Puerto-Rico.  
Seis meses. . . . . 2 1/2 ps.  
Un año. . . . . 4 »

### PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.  
Seis meses. . . . . 44 fr.  
Un año. . . . . 24 »  
Filipinas y Méjico.  
Seis meses. . . . . 3 1/2 ps.  
Un año. . . . . 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid 28 de Noviembre de 1879.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.—Año III.—Tomo III.

HEMEROTECA MUNICIPAL

NÚMERO 20.

Número suelto, real y medio.

## REVISTA

A medida que se acerca la fiesta de la Inmaculada, crecen y se propagan los testimonios de amor con que la cristiandad se dispone á solemnizarla. Todos ó casi todos los prelados han dirigido exhortaciones á los fieles para avivar el fuego de su entusiasmo, y en muchas poblaciones se preparan festejos dignos del gran aniversario á que se asociarán los ángeles y los santos, en justo homenaje de veneracion á la que es Madre de Dios y de los hombres, concebida sin mancha como destinada á reflejar sobre el mundo los resplandores del cielo.

España debe figurar en primer término en esta grandiosa manifestacion, pues ningun otro pueblo de la tierra puede presentar mayores y más antiguos títulos de adhesion al más hermoso de los misterios de la Virgen.

Nuestros teólogos defendieron con poderosos é invencibles argumentos este dogma, aún antes de ser definido por la Iglesia; nuestros poetas lo cantaron con entusiasmo, en poesías que no morirán nunca; la pintura tuvo un Murillo y la escultura un Montañés, que reprodujeron á maravilla la belleza de la Inmaculada, para que fuese venerada en los altares; y nuestro pueblo se puso desde antiguo bajo la proteccion de la Purísima Virgen, declarándola su Patrona.

Al llegar el primer jubileo de la declaracion dogmática, debe España mostrar esta gloriosa tradicion marchando á la cabeza de la gran romería de las almas y de los corazones al trono de la Inmaculada, para atestiguar que como hijos fieles sabemos mantener y conservar la nobleza de nuestros padres.

Que nuestros teólogos expongan las doctrinas de sus grandes maestros acerca del misterio, como gloria de la ciencia española; que nuestros poetas canten la hermosura de la que fué concebida sin mancha, reverdeciendo los laureles de la musa cris-

tiana; que pintores y escultores retraten á la criatura más perfecta que ha salido de las manos de Dios, y que nuestro pueblo, en medio de las borrascas de la revolucion, se agrupe alrededor de la Purísima Virgen implorando su auxilio, para que ella obtenga de su Hijo la calma y serenidad de las olas que amenazan devorarnos.

Pocos dias faltan ya para el aniversario; difícil es improvisar grandes obras; pero hagamos en los momentos de entusiasmo y de júbilo, propósitos firmes

de consagrar saludables empresas á la honra de la Inmaculada, con cuya proteccion serán fecundas. Aprovechemos la ocasion para establecer nuevas Hermandades y Cofradías, donde unidos los hijos de la Inmaculada, redoblemos nuestras fuerzas para defender las tradiciones de España y los derechos de la Iglesia.

La Santidad de Leon XIII, á quien los directores de la prensa religiosa de Madrid dirigieron respetuoso telegrama pidiéndole su bendicion con motivo de las fiestas del 8 de Diciembre, se ha dignado enviarla para todos los lectores de estas publicaciones, entre los que están comprendidos, como es natural, los de LA ILUSTRACION CATÓLICA.

Sirva esta gracia á nuestros amigos de poderoso estímulo para solemnizar el jubileo de la Purísima Concepcion, y de gratitud hácia la cátedra infalible de la Verdad, de donde hace veinte y cinco años brotó el rayo de gloria que alegra nuestras almas.

Con dolor sea dicho, donde ménos se nota la proximidad de la fiesta de la Inmaculada es en Madrid. Los festejos reales absorben la atencion general y todos los amigos de bullangas se aperciben para invadir los teatros, plazas, bailes y demás sitios de fiestas y espectáculos en que la boda régia derramará sus galas y sus flores.

El programa de estas fiestas corre de mano en mano, haciendo estallar de gozo á las gentes que han de disfrutarlas. Los tauromacos discurren sobre las condiciones de las corridas que se preparan, en que tomarán parte las primeras espadas de la Península; los filarmónicos discuten sobre la eleccion de las óperas que se cantarán en las funciones régias y calculan el mérito de los cantantes que se destinarán al efecto; los paseantes forman itinerarios para ver todas las iluminaciones que se anuncian, sin faltar á los espectáculos de bailes y teatros, y las damas elegantes y encopetadas se

## GALERIA DE ARTISTAS ESPAÑOLES.



JUAN DE ARFE Y VILLAFÁÑE.



ocupan en escoger el balcon desde donde mejor puedan ser vistas.

La política tiene acordado un armisticio mientras duran los festejos; los estudiantes esperan con afán las vacaciones, que se darán la mano con las de Navidad; los empleados cuentan con cuatro días de asueto, y los desocupados esperan estar muchas horas abrumados de quehaceres.

Lo peor es que el tiempo no está para fiestas y habrán de correr muchos peligros de constipados y pulmonías los bullangueros y paseantes. Parece que el sol no quiere asociarse á nuestros festejos y oculta su rostro bajo nubes de tristeza.

El camino del Pardo ofrece en estos días notable animación. Aunque la humedad del suelo no favorece el paseo, muchos curiosos acuden á presenciar el movimiento. A cada instante, según se nos dice, se ven ir y venir coches de lujo con diputaciones de las diversas corporaciones del Estado que acuden á saludar á la archiduquesa Cristina.

El séquito que la acompaña es brillantísimo, lo que contrastará notablemente con el Sitio del Pardo, agreste como soto de caza y por añadidura habitado por los pobres que se recogen en sus Asilos.

De la decoración hecha en el interior de Palacio se cuentan maravillas; verdad es que con solo la tapicería que enriquece aquella casa se puede preparar una habitación sin rival en Europa. Nuestros Palacios Reales, atestiguando el antiguo esplendor de la Monarquía española, guardan, aun los más pobres, riquezas artísticas incomparables. Seguros estamos de que los cortesanos de Austria no mirarán sin admiración los tesoros de tan regias moradas, y aun es posible que sientan legítimo orgullo recordando en ellas glorias de Carlos V y de Felipe II.

Mientras que Madrid se divierte, nosotros proyectamos una expedición al antiguo solar de la Orden de Santiago en la escondida villa de Uclés y á las ruinas de las poblaciones romanas que se descubren en los alrededores de la Cabeza del Griego.

Con decir que será nuestro compañero de viaje el docto P. Fita, está dicho cuánto fruto reportaremos de la excursión. En la abandonada casa de los Santiaguistas evocaremos los recuerdos de la antigua España, que paseó sus banderas por el mundo é impulsó la fe católica, y sobre las cenizas de *Ergávica* ó *Segobriga* meditaremos en los altos designios de la Providencia, que sabe reducir á polvo los imperios más poderosos.

De todas maneras el silencio y la soledad de las ruinas cuadran mejor á nuestro ánimo que las iluminaciones y bullangas de los festejos madrileños. ¡Ojalá que pudiéramos convertir los ojos de los españoles hacia las ruinas de su pasado, para que todos aprendiesen á vivir en las cátedras de la muerte!

V. P. NULEMA.

## CRONICA DE PARIS.

Hará como dos años hallábame yo en la Sorbona asistiendo á la cátedra de un profesor de filosofía que era á la sazón el hombre de moda en París, cuando un día vino á sentarse en el aula al lado mío una de las notabilidades de la revolución española.

Separados de España por causas bien distintas, pero unidos por los lazos que median entre profesor y discípulo, terminada la explicación salimos del brazo, y después de recordar los ya distantes años que habíamos pasado juntos en la Universidad de Madrid, él en la tribuna de catedrático, y yo entre los alumnos, recayó la conversación en la peregrina escena á que acabábamos de asistir, para mí ya espectáculo familiar, pero para él cosa nueva.

Después de asombrarnos de aquel abigarrado público universitario donde se encuentran frailes y actrices, ancianos decrepitos y cortesanas, extranjeros y curiosos, todo menos estudiantes matriculados; después de reirnos de la absoluta irreverencia con que se palmoteaba al profesor como si fuese un cómico, y del perfecto desparpajo con que el profesor hablaba de todo menos de filosofía, hubimos de decir algo sobre el asunto de la lección de aquella

tarde, que nos puso en vías de filosofar á nuestra vez y á nuestra manera.

Y sin duda hube yo de volver por los fueros de la filosofía escolástica, porque el ex-ministro español desatóse contra ella en improprios, poniéndola ante todo y sobre todo una tacha que, según decía, era imperdonable, la de haber escogido y dado carta de naturaleza en el arsenal científico á un arma envenenada, traidora y ruin, el silogismo.

Y como viera que ante aquella salida de tono pugnaban en mí el asombro y la risa, preguntóme amosado:

—¿Ha leído usted á Proudhon?

—No, señor, ni ganas.

—Pues léale usted y se convencerá de que el silogismo es una argumentación de sofistas.

Parecióme la ocurrencia tan chusca, que entré en curiosidad de leer al autor de las *Contradicciones económicas*, aunque sólo fuese para brujulear en qué se podía haber fundado el *ex-abrupto* de mi paisano.

De esta manera, y por tan estrambótico camino, he tenido yo ocasión de dos cosas, de leer á Proudhon y de persuadirme de que ni le han leído ni saludado siquiera los partidarios y discípulos suyos más ardientes que le citan en todos los congresos de obreros socialistas.

El ex-profesor y ex-ministro español me había dicho una verdad, no como un templo, sino como medio templo. Había empezado el *Credo* por Poncio Pilato.

Su frase es exacta, completándola así: «Leyendo á Proudhon no puede negarse, que ó el silogismo es argumentación de sofistas, ó el liberalismo es la mentira y el error por excelencia.»

Proudhon es un dialéctico de primera fuerza. Coge los axiomas fundamentales del liberalismo, los principios que son comunes á él y á mi hombre de la Sorbona, como á todos los liberales, desde el rojo escarlata hasta el de color de rosa de té, y en forma silogística va sacándoles consecuencias que dagozo.

Un liberal que se pare á mitad del camino, ó aunque sea á las tres cuartas partes, tiene que detestar á Proudhon, á sus silogismos, que le aguijonean y le obligan á bajar la cuesta del todo.

Sin embargo, Proudhon no será nunca considerado como filósofo, ni siquiera como escritor digno de tomarse en serio, porque él, el lógico por excelencia, incurre en dos monumentales contradicciones que desbaratan todo su sistema, la de preconizar la necesidad del matrimonio uno é indisoluble, á lo cristiano apostólico, romano, y la de oponerse á la emancipación de la mujer.

A pesar de lo cual las ciudadanas delegadas que han ocupado la tribuna en el Congreso socialista de Marsella, clamaban estos días porque los hombres se rindiesen á las teorías de Proudhon.

¡Pobrecitas! ¿Si creerán que se conoce á Proudhon con sólo decir que la propiedad es el robo?

La Iglesia, verdadera emancipadora de la mujer, cuando se ha permitido fulminar contra ésta todas las interdicciones con que Proudhon quiere abrumarla; ¿Qué código de la esclavitud femenina puede escribirse más severo que el trazado por Proudhon, ora en *Amour et Mariage*, ora en *La Pornocratie*, ora en cualquiera de los artículos sueltos en que desahogaba su furor contra la mujer, odiada, despreciada, vilipendiada por él franca y brutalmente, hasta el punto de negarle casi nacionalidad, y sin casi derechos sociales?

La natural mala crianza del famoso libelista llegaba á su extremo límite cuando le ocurría disertar sobre las mujeres escritoras ó abogadas, ó sobre la teoría del amor libre, cara en Madrid á la ciudadana Guillermina Rojas, y en Marsella á la señorita Humbertina no sé cuántos.

El «redentor de la mujer» le ha llamado algún insensato, con motivo de las idiotas sandeces discutidas en Marsella.

Señoras redimidas: vean ustedes con qué tierna reflexión terminó Proudhon su libro *La Pornocratie*, destinado á patear al bello sexo y á pintar á las mujeres como á un ser intermedio entre el hombre y los animales dañinos:

«Alguno me acusará de falta de imparcialidad en esta obra, por lo muy indulgente que soy en ella con la mujer. La censura será fundada. Pero téngase en cuenta que siempre que hablo de la mujer me refie-

ro á la mujer ideal, que no existe, y ya sé que todas las que andan por el mundo son mucho peores que la ideada por mí.»

¡Qué ternura, qué respeto y qué redención!

El afecto que esas desventuradas ignorantes profesan á su más enconado enemigo, es natural, desde el momento en que odian al verdadero redentor de la mujer, el Cristianismo, y se apasionan de su más desventurado verdugo, la industria.

¡El trabajo de la mujer! ¡La mujer valiéndose á sí propia y alternando por igual con el hombre! ¿Cómo es posible que á los ochenta años de empezado este siglo pueda nadie sostener de buena fé semejantes utopías?

¡Hay nada más elocuente en esa materia, que el espectáculo ofrecido por París, donde se hallan cientos de miles de mujeres que trabajan?

Y ¿qué resulta? ¿Les dá, por ventura, para comer el trabajo? No; el trabajo, á las que tienen buena estrella y habilidad, les dá para monda-dientes, pero no para comida.

El trabajo sirve á las infelices poco más ó menos para lo mismo que el título de abogado sirve á las cuatro quintas partes de los españoles, para muestra, porque «hace bien en el paisaje», como diría un gomoso.

Si en economía política ó en asuntos femeniles no conviene ir á buscar la autoridad de Proudhon, ¿cuánto daría yo en cambio por poderle pasar la pluma para que escribiera la crítica de *Nana* ó de *Lès Rois en exil*, sobre todo de la primera!

Crítico de arte admirable, cuando no asoma su locura, tiene Proudhon juicios literarios que son verdaderas joyas.

Cuando quiere ser conciso, en dos palabras triturará á un hombre: así, con Voltaire, y con Rousseau, y con Lamartine, del cual dice que su razón «no excedía del nivel de la razón femenina, más que lo estrictamente indispensable para no ser mujer.» Y ya he dicho lo que él opinaba de la razón de las mujeres.

De Fenelon escribe esta página admirable, no sólo por su vigor, sino por ser tal lenguaje insólito en un francés hablando del autor del *Télémaque*:

«Entre todos los escritores y artistas del siglo de Luis XIV, ninguna seguramente demuestra más á las claras que Fenelon, la confusión de ideas y la depravación del gusto reinante en aquella época. Pagano en literatura, feudal y retrógrado en política, quietista en religión y en moral, uniendo en el mismo pensamiento el idealismo griego y el espiritualismo de la Edad Media, Fenelon no es ni de su tiempo, ni de su Iglesia, ni de su país. No tiene ninguna de las secretas aspiraciones de su época, ninguna intuición de lo porvenir. Prestó servicios eminentes á la lengua y á los buenos estudios, contribuyendo más que nadie á trasportar á nuestra literatura las bellezas y la gracia del génio griego; pero ese trabajo de humanista no basta á los ojos de una crítica elevada para constituir un escritor de primer orden, digno de figurar entre los génios nacionales.»

El hombre que así hablaba de Fenelon, ¡ira de Dios! ¿qué diría si leyese á Emilio Zola?

Zola ha lanzado por fin á la publicidad su *Nana*, continuación del *Assommoir*. Ya era tiempo, porque el bombo de los reclamos con que la ha estado preparando por espacio de un año entero, nos tenía ya ensordecidos y á punto de perder los huesecillos del oído.

La obra va apareciendo en folletín, de modo que aún no se puede apreciar—no sería más propio *despreciar*?—en conjunto, pero ya basta lo publicado para conocer la grosera especulación que se propone realizar el más famoso de los escritores franceses contemporáneos.

*Nana* es simple é impuramente un libro obsceno hecho *ad hoc*, con perfecto conocimiento de la cosa.

Zola llena con él un doble objeto: ganar mucho dinero y promover un gran escándalo que ponga al autor más en evidencia en todo el mundo. Además corre el albur de que la policía lo recoja como inmoral y pervertidor de las costumbres públicas, y entonces venderá las ediciones clandestinamente, á doble precio.

Y es lo prodigioso el que ni la policía ni la cen-



sura se han dado por advertidas, y mientras tanto siguen recogiendo todos los libros que da á luz la señora Marc de Montifaut.

No he leído ni una sola página de esta obstinada maniaca, pero es imposible que en ninguna de sus novelas, todas recogidas, llegue la obscenidad al extremo asqueroso que en alguno de los folletines de *Nana*.

Un dato será más elocuente que todo lo que pudiera yo decir. Zola describe el mundo de la prostitución parisiense tan sin velos, y tan *naturalistamente*, como él dice, que emplea hasta las palabras que no pueden ponerse en el Diccionario, y que manchan los labios de toda persona honrada, con el refinamiento de escribir sólo la inicial de la palabra, y luego puntos suspensivos.

Ya comprenden mis buenos lectores, que llevado el naturalismo á ese punto, mejor que yo podría escribir una crítica sobre *Nana* cualquier carretero aragonés ó castellano, á quien se diese una tintura de lengua naturalista francesa.

De muchas más pretensiones literarias que el libro de Zola es el de su colega Daudet, *Les Rois en exil*, libelo contra la monarquía y contra los príncipes.

Doña Isabel de Borbon, D. Carlos, el Rey de Nápoles, el de Hannover, los Príncipes de Gales y de Orange, todos los individuos de sangre real que habitan París (pues el heredero inglés casi podía reclamar derecho á empadronarse en esta capital según la frecuente) son insultados poco menos que nominalmente en la última producción del autor del *Nabab*.

Pero en ella no hay que buscar palabras del vocabulario naturalista: todo lo contrario. Daudet hace fuego con pólvora fina.

*Nana* es la esguera de un lugarón de mala muerte, infecta, asquerosa, pestilencial. *Les Rois en exil* son el alcantarillado de París, perfumado con buenas esencias, deslizándose como un río cristalino entre elegantes muelles, con farolas más lujosas que las que arden al aire libre, con barcos que navegan cargados de elegantes pasajeros, y convertido de tal suerte en sitio de recreo y aun de cita, que según frase de Veuillot, más de un dote ha pescado en aquellas aguas.

Pero en el fondo de este canal y de aquella esguera corre la misma inmundicia.

Zola sólo tiene el privilegio de poder dar, en letras de molde, su nombre adecuado á lo que constituye su fondo.

FRANCISCO MARTIN MELGAR.

París y Noviembre de 1879.

## AMAYA,

Ó LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII,

NOVELA HISTÓRICA

POR DON FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

Con intención más ó menos inocente, mucho se ha pedanteado en estos últimos tiempos sobre si es hoy imposible escribir epopeyas dignas del nombre de tales. La cuestión, además de ociosa en sí, me ha parecido siempre arriesgadísima para los que la resuelvan negativamente, pues á despecho de todas sus razones, yo no he visto ninguna plausible para desesperar de que el día menos pensado nos despierte con asordante rumor algun trompetazo de la señora Calliope.

Por supuesto, menester fuera ante todo ponerse de acuerdo sobre qué es una epopeya, y este es precisamente uno de los puntos en que anda más discordia la *Retórica*, como decíamos antaño, ó la *Estética* trascendental, como diría hoy cualquiera de los aficionados á hablar en gringo. Para los humanistas á la buena de Dios, que son los del antiguo régimen, epopeya era cualquier construcción poética, que al menos en la fachada se pareciera á la *Iliada* ó á la *Eneida*, con tal de que en el interior del edificio anduviese un héroe más ó menos fabuloso y más ó menos vetusto, hilvanando hazañas más ó menos de recibo. Con mucho menor claridad y precisión los estéticos trascendentales no quieren

dar cédula de vecindad en las regiones de la epopeya sino á centones histórico-filosófico-poéticos, en que anden á la greña razas con razas, pueblos con pueblos, civilizaciones con civilizaciones, y donde se muestre, con mayor ó menor gasto de fuerzas imaginativas, lo que cualquier galo-germano-parlante llamaría: *un momento histórico de la evolución de la idea*.

La *Amaya* es producción de un ingenio, que respetando con los antiguos preceptistas las notas verdaderamente esenciales de un poema heroico, ha tomado para su obra todo cuanto hay racional y justo y asequible en el vago y presuntuoso criterio que acerca de ese género literario ondula entre las nieblas del estetismo flamante. «Novela histórica» la llama modestamente su autor; pero extendiendo al último límite de su zona propia el concepto de lo que en el general idioma literario se llama «epopeya», sin duda merece aquella producción este nombre.

De la fábula tejida por el Sr. Navarro Villoslada, cabe repetir lo que se ha dicho de las novelas de Walter-Scott, que son más verdaderas que la historia. Es la biografía de todo un pueblo, bosquejada desde sus orígenes más remotos, hasta el momento en que se constituye con la plenitud de caracteres que le dan forma de Estado. Es un cuadro vivo ó representación dramática de Vasconia, de la *escualterria*, de esa raza, en fin, que con sello tan privativo conserva su naturaleza original en las dos vertientes del territorio llamado por la moderna geografía Bajos Pirineos, y á la cual franceses y españoles apellidamos en comun Provincias Vascas ó Vascongadas.

Tierra verdaderamente de bendición, rica en su pobreza, noble sin altivez, culta sin molición; rincón del orbe donde la autoridad y la libertad se han concertado más armónica y perpetuamente quizás que en otro alguno; donde con más fidelidad y menos rudeza se reproduce tal vez la imagen del antiguo patriarcado, y sin duda la región menos accesible á los deletéreos influjos del espíritu moderno.

El Sr. Navarro Villoslada, oriundo de esa tierra, gozoso y orgulloso de tan ilustre patria, la ofrece hoy el tributo de ya numerosos láuros artísticos ganados en buena lid, dedicándola, no un mero recuento, sino un pintoresco retrato de las bellezas naturales que la avaloran, de las hazañas que la enaltecen, y aún también allá en lontananza, de las glorias que todavía la esperan. Narrándola su historia

*Sotto il velame de gli versi strani,*

y cual hábil pintor que al retratar el paisaje á sus pies tendido, escoge el aspecto por donde mejor se descubren sus caracteres propios, sorprende, me atrevo á decir, la vida de aquel pueblo en su período quizás más crítico, acaso por serlo también el de la nación contra cuyos varios dominadores había defendido desde época inmemorial su libertad y su independencia.

En efecto, ese período durante el cual formaliza Vasconia su ser político, y empieza á ser uno de aquellos Estados que, andando el tiempo, habían de constituir la grandiosa unidad de España, se deriva principalmente de aquella catástrofe preparada por una traición execrable para inundar con las huestes agarenas aquel imperio fundado por

Ataulfo valiente,  
En cuya heroica frente,  
De los godos descansa la corona.

Aquel fue ciertamente el período más épico, si cabe decirlo así, de la historia de España. Allí es donde en un vasto piélago de grandes virtudes y de grandes crímenes, de maravillosos heroísmos y de infortunios inenarrables, dánse cita diversas razas y naciones, ora para luchar á vida ó muerte unas con otras, ora para juntarse ó confundirse en una idea ó en un interés común algunas que en tiempos anteriores habían mantenido entre sí discordias al parecer inextinguibles.

Allí el godo, ya de antes fundido con el romano, como el romano lo había sido con el ibero, firma paces no escritas en protocolo alguno con el vascon, á quien vanamente debeló durante tres siglos, y de todas estas razas se forma un haz compacto para resistir al torrente mauritano y á los afluentes que para engrosarle y aún absorberle, le enviaba desde

las regiones orientales el Islam, ya entonces casi triunfador de toda Europa. Como tigre que acecha entre los juncos, también el pérfido judío, huésped ingrato y desleal de la noble España, fia del triunfo del sarraceno invasor nuevos medros de su miserable codicia, y busca traidoramente venganza contra los adoradores de la Cruz.

Así comienza y así se perpetúa el combate que había de durar siete siglos. El autor de *Amaya* le divisa en su momento inicial, y le describe atando con el áureo lazo de la poesía las áridas hojas del cronista erudito y las olorosas flores del historiador filósofo. Su obra, pues, ora se mire al asunto, ora á la forma con que se le trata, es una verdadera epopeya. No que en todas sus partes se oiga resonar la épica trompa, ni que aún allí donde se la oye, sea con el acompasado ritmo y graves tonos que el rigorismo clásico exige, antes bien campea toda aquella variedad de modos que al realismo romántico place, y que ciertamente usada con la debida economía, es un tributo prestado á la verdad sin daño de la unidad ni de la belleza. Y aún considerando lo que de suyo pide, no tanto el argumento de la obra, como la escena donde le coloca el autor, bien se adivina que aquí entra por mucho el idilio, escoltado por todas las demás especies comprendidas bajo el género denominado en comun poesía pastoril. Tratándose de la verde Vasconia, era como imposible que hasta en la bocina guerrera dejasen de percibirse algunos ecos del caramillo.

Pero en esto cabalmente consiste uno de los principales méritos de la obra; en que la sencillez del estilo no deslustre la majestad del asunto, y antes bien la avaloré por el contraste mismo. Todas las figuras de este cuadro se mueven en el espacio de la realidad, y como la realidad aquí es grande, todo se engrandece por ella.

Riesgo mayor de esta composición era que lo que en ella puede llamarse episódico, absorbiese por su magnitud misma lo que el autor se propuso como asunto principal. Episodio es aquí, en efecto, la caída del imperio gótico, y asunto principal la formación de una Vasconia independiente por consecuencia de aquella catástrofe. Pues bien, el autor ha tenido habilidad para presentar estas dos acciones distintas, logrando no dividir entre ellas el interés de los sucesos ni la atención del lector. Vínculo de unidad es aquí el que media entre la causa y el efecto. ¿Qué prodigioso talisman ha servido para fundir así dos argumentos, cada uno de los cuales basta para ser por sí materia de una epopeya grandiosa?

El acierto del autor ha consistido en pedir á la historia misma ese talisman. El Catolicismo y la monarquía: estos que podemos llamar factores de la historia de España, términos de aquella síntesis grandiosa que al fin se mostró con toda su realidad y plenitud en el regio tálamo de Isabel I de Castilla y Fernando V de Aragón; el catolicismo y la monarquía, digo, son las dos hebras del nudo con que el Sr. Navarro Villoslada ha logrado, no ya sólo unir, sino identificar las dos acciones que realmente constituyen la sustancia de su poema.

¿Qué va á ser de aquella España gótica redimida por la Iglesia, primero de la esclavitud del paganismo, y después purgada del cisma arriano? ¿Qué va á quedar de la monarquía de Recaredo, triturada ya por la irrupción sarracena, si oyendo Vasconia la voz de antiguos y tenaces agravios, no ve más en la tribulación del godo sino una ocasión de vengarse? Vasconia resolverá, en cuanto á ella pertenece, el problema. Engendrada también á nueva vida por la Iglesia de Cristo, ya no mirará en el godo al implacable enemigo de la *escualterria*, sino á la Cruz pisoteada por el sarraceno en la régia diadema del godo, y en sus montañas, vírgenes de extranjería dominación, gritará con la voz de un pueblo: Por Dios y por nuestra libertad erigimos á un rey que nos acudille para ser barrera contra el agareno, y eco del grito de restauración levantado al par del nuestro en Covadonga.

Aquí está el nudo de la acción; aquí el verdadero asunto del poema. ¿Quién es su protagonista? ¿Cuál de los muchos personajes importantes á quien pone el autor en escena parece sobresalir y anteponerse á todos? Ninguno: ni aún García, primer rey de Vasconia, héroe de la Cruz; ni Amaya misma, su digna esposa, modelo de vírgenes y de princesas cristianas, por cuyas venas corre mezcla la sangre vasca y goda:

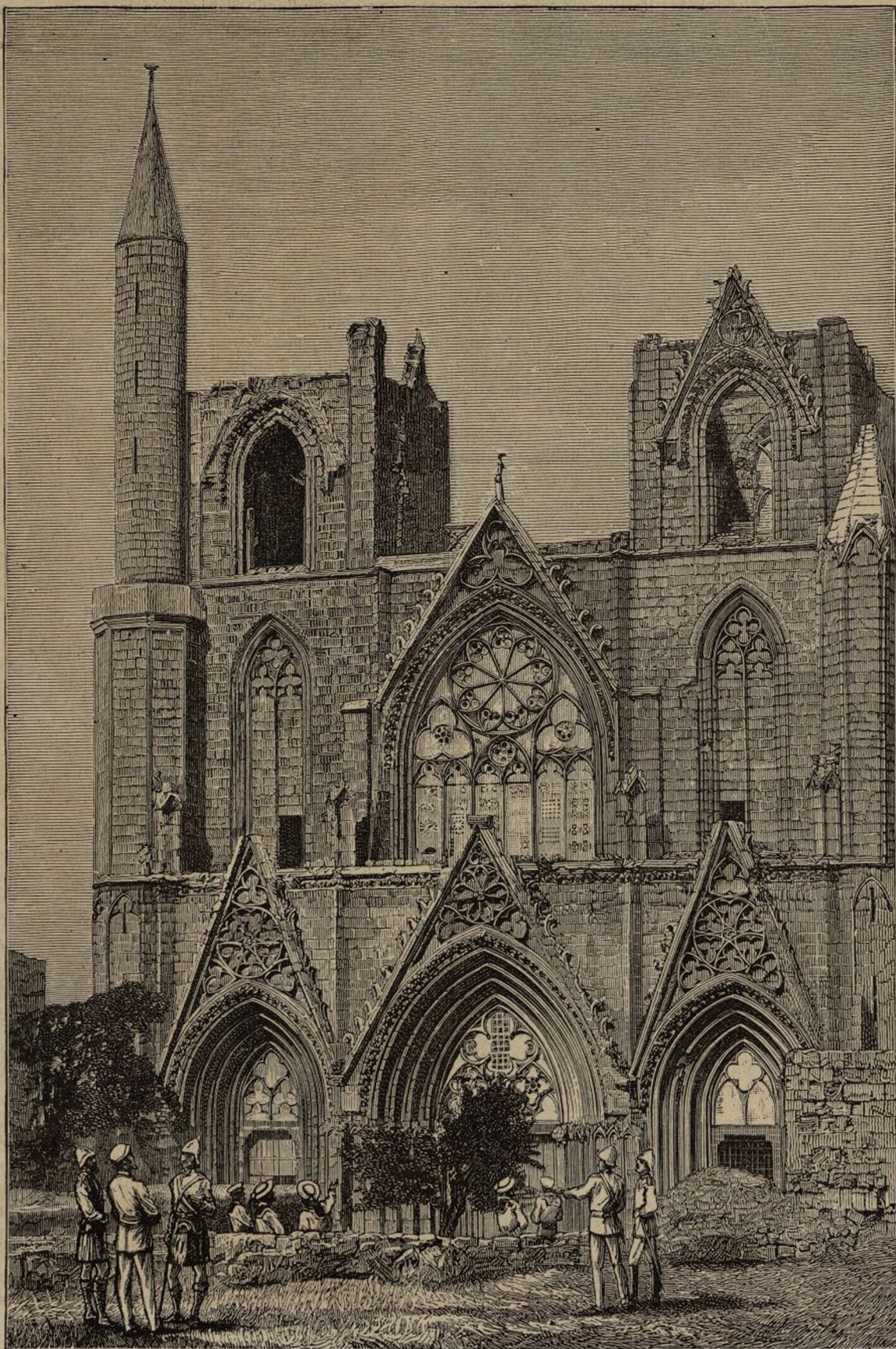


ni Miguel Goñi, personificación del patriarcado en aquella antigua colonia céltica; ni Amagoya, que á nombre del ya caduco paganismo, se arroga con injusta pertinacia el sumo imperio y el sumo sacerdocio en la raza eúscara, y por lo mismo oposicion diametral, tanto á la nueva realza personificada en García, como al patriotismo cristiano de la gigantesca Petronila; ni Eudon, misterioso instrumento de la conjuración judaica, y *Grande Oriente* de una

especie de francmasonería, cuyo esbozo se ha encontrado el autor en las crónicas de aquel entonces... ¿A qué citar más personajes? Ninguno de ellos, repito, es verdadero protagonista del poema: el verdadero protagonista es el pueblo vasco: este es el que predomina en todos los lugares y en todos los momentos de la acción, y aún sin duda por entenderlo y haber querido hacerlo así, el autor titula su obra: *Los vascos en el siglo VIII*.

Aquí se termina cuanto una reseña bibliográfica puede decir acerca de esta publicación importante, primera, si ya no única de su género en la literatura española. Encarecer ahora lo interesante de su trama como novela, lo espontáneo de su estilo siempre varonil, lo castizo de su lenguaje, y tantas otras condiciones de su forma exterior como la distinguen, sería decir cosa que todo el mundo sabe. El Sr. Navarro Villoslada es uno de los pocos, entre nuestros escri-

#### FRUTOS DE LA CIVILIZACION CATÓLICA.



IGLESIA DE SAN MÁRCOS EN FAMAGUSTA, HOY MEZQUITA DE LOS TURCOS, PRÓXIMA Á ARRUINARSE.

tóres contemporáneos, que tienen derecho bien ganado á considerarse exentos de cierto linaje de alabanzas.

GABINO TEJADO.

#### LOS GRABADOS.

Juan de Arfe y Villafañe, pág. 153.

Aunque ménos popular que las demás bellas artes, la platería, que muchos llaman *orfebrería*, ha

proporcionado grandes y gloriosos triunfos el arte cristiano. Como la Iglesia nuestra madre, aceptó desde sus primeros días los homenajes de las artes, á las cuales prestó sus gracias sobrenaturales, en la ornamentación de los templos y de los altares, en los atributos y objetos litúrgicos y en los dones de la



piedad, dió cabida á todas las manifestaciones artísticas, desde la suntuosa y colosal arquitectura ojival, hasta el bordado de los ornamentos sacerdotales. La platería tuvo por lo tanto gran cabida, especialmente desde que la Iglesia se enseñoreó de los pueblos y pudo ostentar en sus templos las magnificencias debidas al culto de Dios.

Las alhajas de los templos han seguido la historia de las demás artes, pues resumiendo en sus formas las de la arquitectura y escultura representa-

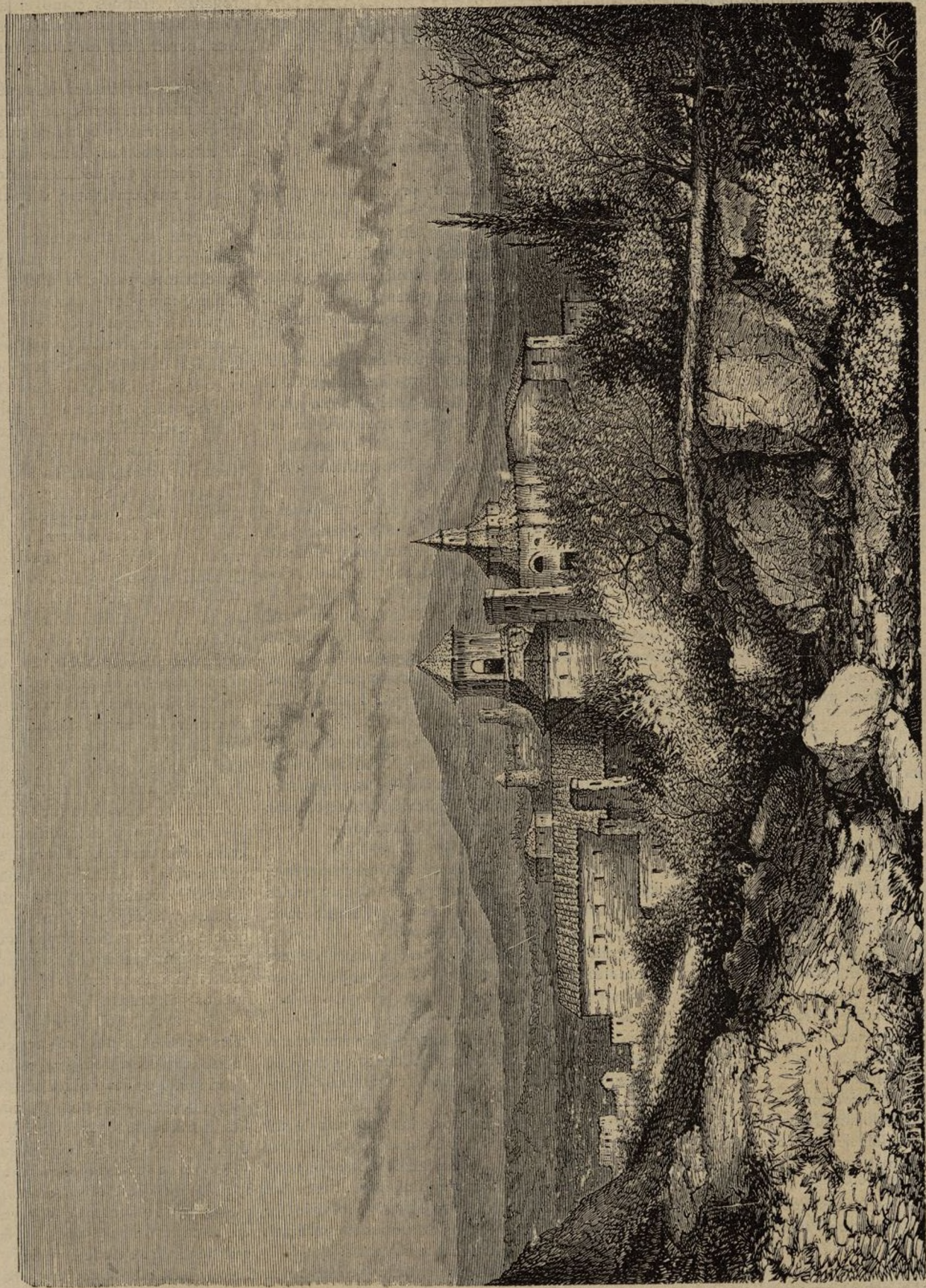
ron siempre el carácter de los diversos períodos del arte. Bizantinas desde el siglo xi hasta el xiii, ojivales desde el xiii hasta el xvi, toman despues las formas del Renacimiento, con las cuales se mostraron hasta el siglo siguiente en que el borromonismo malogró el talento de notables artistas estraviándolos por las sendas del mal gusto.

La marcha de este arte se halla representada en España por la familia de los Arfes, famosos plateros cuyos nombres se leen al pié de las más notables

alhajas de nuestros templos. En custodias, sobre todo ejecutaron maravillas, tanto por ser alhajas de primera importancia en el culto católico, como por el auxilio que la piedad generosa prestaba en los siglos de fé á la ejecucion de estos tabernáculos.

Debidas al primero de los Arfes son las que guardan en sus tesoros las catedrales de Leon, Toledo y Córdoba, obras del gusto ojival tan gallardamente ejecutadas, que son admiracion de todos los que las contemplan. El segundo de los Arfes ejecutó las de

MONUMENTOS RELIGIOSOS DE ESPAÑA.



VISTA GENERAL DEL MONASTERIO DE POBLET.

Santiago, Medina de Rioseco, las andas de la de Leon y otras joyas de indisputable mérito, imprimiendo ya en ellos el sello del Renacimiento. El tercero de los Arfes es el que representa nuestro grabado.

Nació Juan de Arfe en la ciudad de Leon por los años de 1524. Heredero de un nombre ya famoso en el arte, quiso llevarlo con dignidad y lucimiento, para lo cual desde el taller de su padre pasó á los de los escultores y pintores que á la sazón brillaban más en España, aprendiendo las nobles artes de la

pintura y la escultura, en que llegó á ejecutar obras muy notables.

No por esto abandonó la platería, que fué su profesion constante, habiendo dejado trabajos importantísimos que aún conservan muchas de nuestras iglesias. Basta decir que son suyas las custodias de Sevilla y de Avila, obras perfectamente dibujadas y talladas á maravilla.

Pero Juan de Arfe no se limitó al ejercicio de las artes; fué tambien escritor y muy notable en el ramo de su profesion artística. Su *Varia Commesu-*

racion es un libro muy importante, pues en él se exponen excelentes y acertadas reglas de dibujo, simetría, anatomía y musculatura, así del cuerpo humano como de diferentes animales. Trata tambien de los cinco órdenes de arquitectura, acompañando sus teorías con ejemplos de arquitectos antiguos y modernos, y por último se hallan en la obra noticias curiosísimas sobre los relojes horizontales, y sobre los grados y alturas de España.

Otro de los libros que escribió fué el *Quilatador*, de mucha utilidad para los plateros y ensayadores



de moneda, y en él anuncia otras obras que no se sabe que llegaran á salir á luz.

Por estas ligeras indicaciones, se comprende que Arfe fué un artista y un sábio, tal como en aquellos tiempos los producía nuestra patria. Su vida fué ejemplar, como debe serlo la de un artista cristiano, y su muerte, acaecida en Madrid en 1595, puso sello á sus cristianas virtudes.

No terminaremos estas líneas sin invitar á los estudiosos á escribir una extensa monografía sobre la vida y obras de los Arfes, obra que sería de grande utilidad para estimar la importancia del arte de la platería en España.

La empresa no es difícil y el resultado sería glorioso.

*Iglesia de San Marcos en Famagusta, hoy mezquita de los turcos, pág. 156.*

Como uno de los más preciosos restos del arte cristiano en Oriente, ofrecemos hoy á nuestros lectores la vista exterior de la iglesia de Famagusta, erigida en el siglo xv en honor de San Marcos, patrono de los venecianos, que por algun tiempo poseyeron la isla. Es un templo enteramente ojival, si bien ahora aparece adicionado con minaretes y otras alteraciones que en él han hecho los turcos.

Por la gallardía de sus ojivas, la gracia de sus adornos, y las proporciones de su plan, se comprenden las analogías que guarda con los templos ojivales de Francia, cuyos artistas llevaron á Chipre en tiempo de Lusignan, el gusto á la sazón reinante en su patria.

Cuando los turcos se apoderaron de la isla en 1571 profanaron el templo, convirtiéndolo en mezquita. Como la isla desde entonces yace en la mayor decadencia, la iglesia profanada se va desmoronando, y amenaza á estas horas inminente ruina. Los ingleses que han podido salvarla no lo han hecho, porque la cultura protestante repara más en factorías que en monumentos, y el día menos pensado nos dirán de Chipre que la famosa iglesia de San Marcos en Famagusta es un montón de escombros.

Así vamos marchando hácia la barbarie bajo las banderas del progreso. Los monumentos del arte cristiano desaparecen dejando al mundo cubierto de ruinas.

*Vista general del monasterio de Poblet, pág. 157.*

Por cuenta del ministerio de Fomento, como monumento artístico, se está trabajando en restaurar alguna parte, ya que todo sea imposible, de este famoso monasterio, tal vez de los mejores y más espléndidos que ha tenido España.

Su origen se remonta al siglo xii, época en que vivía en el valle llama *Conca de Barberá* un piadoso ermitaño, de nombre *Poblet*, á quien hizo concesión del término un rey moro por el encanto que causó en él la ejemplaridad de sus virtudes. Agrupados junto á la choza de Poblet varios solitarios, hicieron vida eremítica hasta que D. Ramon Berenguer IV, el Santo, estableció en aquel lugar por los años de 1153 un monasterio cisterciense.

Desde entonces fué agrandándose con nuevas obras el convento, recibiendo singulares privilegios de los reyes y señores, ennobleciéndose con suntuosos sepulcros y santificándose con la piedad de muchedumbres de peregrinos.

Es imposible encerrar en pocas líneas los grandiosos monumentos que atesoraba Poblet cuando el vandalismo revolucionario con la tea incendiaria cayó sobre su recinto. La iglesia que comenzó á levantar Ramon Berenguer, representando el carácter marcial de la época; el claustro de San Esteban, edificado en 1415 con la gallardía del arte de este tiempo; las *Cámaras reales*, donde se hospedaban los reyes que frecuentemente visitaban el monasterio; la famosa librería que constaba de 3,759 volúmenes preciosísimos, custodiados en estantes de ébano; la sala Capitular, sin rival tal vez en su género; la multitud de sepulcros que cubría sus muros interiores; las alhajas y objetos del culto, todo fué profanado, cayendo á tierra mucha parte del edificio, siendo muchas de sus joyas vendidas en los mercados extranjeros, y quedando aquel emporio del saber y de la virtud reducido á solitario albergue de moñuelos y lagartos.

Al contemplar tanta desolación y ruina, es preciso exclamar: «Por aquí pasó la *civilización moderna*.»

No han faltado amantes de la antigua que han mirado con amor y veneración estos despojos, logrando recabar del Estado algunos miles de reales para emplearlos en restauraciones. Algo se ha restaurado; pero el antiguo esplendor pasó para no volver, dejando un rastro luminoso en la historia que no podrán eclipsar las luces del siglo xix.

X.

## EL VANIDOSO.

*Vanitas vanitatum,  
et omnia vanitas.*

ECCLESIASTES, c. I, v. II.

Es la vanidad parienta muy próxima del orgullo y no lejana de la soberbia.

El hombre vano está, pues, en peligro inminente de convertirse en orgulloso y soberbio.

Los tres vicios dichos, aunque diferentes en grado, entrañan la misma maliciosa esencia, pues todos ellos proceden del amor propio exagerado y mal entendido.

Perdonamos, no obstante, con más facilidad al orgulloso y al soberbio, que al vanidoso; porque el orgullo y la soberbia se levantan generalmente sobre ciertas condiciones reales de superioridad, de las cuales se abusa; al paso que la vanidad, semejante á los globos, se apoya en el aire y sólo contiene gases impalpables.

Las naderías, lo baladí, lo pequeño y despreciable, son los cimientos sobre los cuales construye el vano su castillo de finchazones insufribles. Al efecto acopia cada uno materiales distintos y emplea estilos arquitectónicos diferentes: de aquí esa multitud variada de tipos que componen el tipo del vanidoso, y cuyas debilidades y miserias no es fácil clasificar ni reducir á número. Todos ellos, como Narciso, se contemplan en el espejo de sus propias perfecciones, y se enamoran, unos de su cuerpo, de su espíritu otros, y algunos de sus bienes.

Vanidad de la hermosura, vanidad del talento y vanidad de la riqueza: tres grandes vanidades á las cuales pueden reducirse todas las demás, y que conviene sacar á la vergüenza pública para honesto solaz de todos y fraterna corrección de muchos.

El más tonto y ridículo de los vanidosos, es el elegante, ó sea aquel que tiene puestos sus sentidos y potencias en el vestido, tocado y condimento de su almiarada y repulsiva persona.

La elegancia es debilidad característica de esa innumerable caterva de jóvenes que se tienen á sí mismos por buenas figuras, reales mozos, simpáticos, agraciados, y hasta hermosos, y á quienes la gente del oficio (no el Diccionario de la Academia) llama pollos, sietemesinos, pichones, gomosos, dandys, lions, etc., y el pueblo lechuguinos ó pisa-verdes.

Constantemente asomados á las ventanas de sus sentidos, ocupados, y aún preocupados en la parte contical del individuo, descuidan el meollo ó parte interna, que va poco á poco liquidándose, hasta que el seso se les vuelve agua. Lo elevado, lo serio, lo importante, es antipático á su naturaleza superficial, y no puede arraigar en sus cabezas huecas.

Su cuerpo es el dios que adoran y contemplan sin cesar, de frente ó de soslayo, en las lunas de los espejos, en los brillantes gemelos de sus blanquísimas y acartonadas camisas, en los vasos y botellas de los cafés, y en toda superficie pulimentada, por último.

Una arruga imprudente, un color *rococó*, ó una prenda *cursi*, les ataca á los nervios, los desvelan y sumen en desventura horrenda. Sus más íntimos amigos son los sastres, camiseros, zapateros y peluqueros *comme il faut*. Verdad es que los explotan y se burlan de ellos en sus barbas; pero en cambio los adoran admirablemente, y como ellos dicen, los ponen *presentables*.

No hay vanidoso-elegante, que no se tenga por Tenorio irresistible. Todas las mujeres se mueren

por sus pedazos. Una mirada suya, como si sus ojos fuesen soles ardientes y los corazones de manteca, basta para derretir los más empedernidos pechos. Verdad es que reservan tales miradas para casos extremos.

Ordinariamente se presentan en público almirados, altivos y desdenosos. Abusan algunos de los lentes, y todos van poco á poco afeminándose hasta lo increíble. Esto, no obstante, cautivan las miradas ajenas, contemplanlos algunos extasiados, y muchos envidian su suerte.

Si yo fuese pintor y se me pidiera un retrato de esta clase de vanidosos, los pintaría satisfechos, arrogantes, vestidos como el último figurín y contemplándose en los cristales de sus quevedos, mientras aparentan mirar á una dama.

De más levantados, aunque no menos finchados pensamientos, otros vanidosos se enamoran de su propio espíritu, y como no pueden verle cara á cara, se extasían contemplando su talento, su imaginación y su ciencia, y se dedican con entusiasmo, para martirio de sus semejantes, al cultivo de las artes, letras y ciencias.

Entre estos tales figuran en primera línea los malos poetas, que son los más vanos é insufribles de los escritores todos, la *idiotez y la arrogancia del mundo*, como los llama Cervantes por boca del *Licenciado Vidriera*. «¿Qué es ver á un poeta destos en la primera impresion (prosigue el Fénix de nuestros ingenios) cuando quiere decir un soneto á otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo:—Vuestras mercedes escuchen un sonetillo que anoche á cierta ocasion hice, que á mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito?—Y en esto tuerce los lábios, pone en arco las cejas, se rasca la faltriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice con tono melifluido y alfenicado. Y si acaso los que le escuchan, de socarrones ó de ignorantes, no se le alaban, dice:—O vuestras mercedes no han entendido el soneto, ó yo no lo he sabido decir, y así será bien recitarle otra vez, y que vuestras mercedes le presten más atención, porque en verdad, en verdad, que el soneto lo merece;—y vuelve como primero á recitarle con nuevos ademanes y nueva pausa. Pues ¿qué es verlos censurar los unos á los otros? ¿Qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos, á los mastinazos antiguos y graves? Y ¿qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sugetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que tomándola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, á despecho y pesar del circunspecto ignorante que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende, y del que quiere que se estime y ponga en precio la necedad que se sienta debajo de doseles, y la ignorancia que se arrima á los siales?» No puede decirse más en menos palabras.

Este tipo, que ya Platon desterró de su república, viste entre nosotros trajes diversos, según su suerte, casi siempre negra, se lo pide. Se refugia generalmente en las redacciones de los periódicos, de esas modernas máquinas de corrupción, azote de la literatura, remedo de la ciencia y polilla de la sociedad. Por lo comun empieza pegando y llenando fajas, y si sobra en sus dedos el engrudo, falta en cambio ortografía en sus escritos. Desde aquel día se hacellamar á boca llena redactor de tal revista ó de cual periódico; se dá lustre de escritor en las lunetas del teatro, que de tarde en tarde le regala el director del periódico, y sumándose con éste, habla en plural, como aquel lego que porque llevaba los hábitos que usaba en el púlpito cierto famoso orador de su convento, decia:—Mañana predicamos en la catedral.—Asciende luego á gacetillero, y porque merced á su nuevo encumbrado oficio logra ver en letras de molde, interpolados con las gacetillas, los menos malos de sus versos pésimos, ya no hay cristiano que lo resista, ni que libre se vea de sus miradas olímpicas y protectoras. Imagínese lo que sucederá el día en que se le permita emborronar alguno que otro suelto de fondo y tome posesión de la sección bibliográfica, porque para esto de crítico todos los gacetilleros valen, y no se necesitan más estudios que los que se cursan pegando fajas. ¡San Antonio bendito! ¿Quién será osado á hombrearse entonces con el famoso es-



critor, muy conocido en su casa, pero que desde los zancos de sus bibliografías reparte reputaciones á manos llenas, y en ménos que canta un gallo convierte á sus antiguos compañeros de engrudo y gacetillas, en poetas inspiradísimos, literatos eminentísimos, teólogos profundísimos, filósofos sapientísimos, hablistas elegantísimos, escritores distinguidísimos, y tiene siempre en el bolsillo un almacén de soberbios superlativos con que alimentan la soberbia de sus cofrades? Pero ¡guárdeos el cielo de caer en sus manos no perteneciendo á la cofradía! ¿Habeis escrito algun libro con la rara fortuna de que las gentes se empeñen en comprarlo, y precisados os veis á multiplicar las ediciones? ¿Os han elogiado las Academias, y algun crítico famoso asegura que maneja la lengua con envidiable maestría? No deis crédito, ¡desdichados! á semejantes fantásticas invenciones: ahí está sinó el ilustre Zoilo que asegura que hoy fama de crítico la gana cualquiera (ménos él), que vuestro libro se cae de las manos, y que para hablar castellano os falta mucho. Aprended en sus excelentes traducciones y esperad sentado á que publique sus obras originales estupendas. ¿Vais á verle? Os recibirá desdeñosamente en el *sancta sanctorum* de la redaccion, sin interrumpir sus gacetillas, ni siquiera levantar la cabeza, y no os devolverá la visita. ¿Teneis el atrevimiento de apartaros de sus opiniones, aunque sea en aquellas cosas que Dios entregó á las disputas de los hombres? ¡Infelices! El crítico-periodista que fué teólogo en sus mocedades y colgó los hábitos por puro amor, no á la mujer (¡Dios me libre pensarlo!), sino al apostolado seglar, descolgará el colgado trage, evocará recuerdos canónicos, y si no se atreve á pronunciar contra vosotros anatema solemne, cuando ménos dirá lleno de ardiente caridad y de unción santa, en letras de molde, para que nadie lo sepa, que sabeis á... hereje.

Semejante tipo se disfraza otras veces de hombre de ciencia, de profesor eminente, y si por chiripa logra cátedra donde lucir sus habilidades sábias, tened por seguro que hará las delicias de sus colegas y discípulos. Se le conoce á la legua: vedle. Marcha erguido como si llevase espaldas, cuello y cabeza ensartados en un asador; para no doblar la cerviz gira todo su cuerpo sobre los talones, como un recluta, siempre que necesita volver atrás ó al lado los ojos; pisa firme y estrepitosamente; taconeá en algunos casos; estornuda recio y sin necesidad; abre y cierra las puertas desdeñosamente y pegando portazos sin tiento; los puros que en la calle gasta no son habanos ni filipinos, sino del estanco, pero nadie los fuma como él; las boquillas que usa proceden de la última Exposicion de París, son de ámbar y nadie puede apreciar su valor; escupe por el colmillo; habla sibilíticamente; interrumpiendo siempre con su voz de sochantre á los que están en el uso de la palabra; no atiende nunca á lo que dicen los demás, y se permite mirar á todo el mundo por debajo del hombro y al través de las indispensables gafas de oro. Señas particulares: su fuerte son los estudios filológicos, materia acerca de la cual ha publicado más de un libro famoso, que no ha gustado á las corporaciones científicas; pero en cambio su ilustre autor escribe de su puño y letra en documentos oficiales, *advervio, llebar, genitibo* y otros excesos.

Por último, los que fundan la vanidad en sus bienes, son de dos clases, pues enamorados están unos de sus talegos y otros de sus pergaminos. Estos son los ménos, y su tiempo pasó á impulsos de las modernas democracias niveladoras, y de la general convicción, que opina que la única verdadera nobleza es la del alma. Aquellos en cambio, nacidos muchas veces del seno mismo de la luz social, improvisando fortunas colosales, cuyo origen y crecimiento nadie conoce, hacen tan continuo como ridículo alarde de sus riquezas, ante los cuales pretenden sin duda que todo el mundo se prosterne. Gruesas cadenas de oro, más propias para collar de un mastín que para sostener el reloj; brillantes como garbanzos, en el pecho y puños de la camisa; tantos ricos anillos como dedos; bastones de valor, que nadie lleva; trages de tanto coste como gusto pésimo; enormes sombreros de jipijapa; trenes deslumbradores; fiestas intempestivas; convites que no agradece nadie y todos aceptan; palacios, cargos honoríficos, cruces y hasta títulos, son las notas características de estos Cresos de la vanidad. Por lo comun no han tenido

nunca otra ciencia que la desaber hacer dinero, Dios sabe cómo; pero aunque degüellan la gramática de la lengua castellana, acerca de todo disputan, alegando como razón suprema de su sinrazon habitual la pregunta siguiente: ¿Cuántas onzas apuesta usted?

Para concluir, ¿cuál es el más ridículo de los tres? ¿El vanidoso enamorado de su cuerpo, el vanidoso enamorado de su espíritu, ó el vanidoso enamorado de sus bienes? Todos ellos son igualmente despreciables, y en ciertos casos hacen las delicias de las personas sensatas.

M. POLO Y PEYROLON.

## LA FUENTE DEL PINO.

### LEYENDA GRANADINA.

Terrible fué el primer choque; pero no decisivo. La muerte se mostraba dudosa en escoger su víctima.

A la segunda arremetida, Abenamar, más diestro ó más dichoso que su contrario, le dirigió un bote tan terrible, que hizo brotar mil chispas de la acera armadura, introduciendo el hierro de su lanza hasta atrevesar el pecho de su enemigo.

El roble corpulento tronchado por furioso vendabal, no cae con más estrépito que el desgraciado moro cayó al certero golpe de Abenamar. Este, seguro de su victoria se bajó de su caballo y desnudó el cortante alfanje para acabarla de consumir.

El Maestre se interpuso entre Abenamar y el caballero vencido.

—No es razón,—le dijo,—que caballero tan valiente se ensañe contra un enemigo vencido.—Y dirigiéndose al otro que yacía por tierra, prosiguió: y tú, Abindarraez, reconoce, si es que tienes aliento para ello, la generosidad de Abenamar y abandona toda clase de rivalidades.

El rendido caballero no respondió, ni daba señal alguna de vida.

Abenamar y el Maestre se acercaron para desembarazarle del casco y prestarle algun auxilio en el caso de que aún fuera tiempo.

Al levantarle la visera un grito de admiración se escapó del pecho de Abenamar.

En el caballero muerto ó mal herido reconoció á un capitán Zenete deudo de Abindarraez.

El Maestre advirtió la sorpresa de Abenamar, y al explicarle este la causa se quedó absorto, sin poderse dar cuenta de aquel cambio inesperado.

—¡Oh! exclamó Abenamar; este cambio que tanto te admira encierra una trama, y es el preludio de alguna asechanza traidora. ¡Tal cobardía! ¡Tan villano proceder en un moro que blasona de ser descendiente de los reyes de Damasco!... Yo sabré averiguarlo todo, y ¡guay del villano que tan torpemente oscurece el brillo de su honra!

El moribundo caballero al sentir sobre su rostro el fresco ambiente de la mañana, volvió un poco en sí, y viendo que Abenamar con ademán colérico se dirigía hacia él, le dijo con voz apenas inteligible:

—Poco trabajo te costaría, valiente Abenamar, cortar el hilo de una existencia que se apaga como la luz de aquel último lucero que esconde ante el astro rey, sus débiles resplandores... Pero los postreros instantes de mi vida te pueden ser de gran provecho.

Escucha con atención y cree las palabras del que por última vez contempla el azul de los cielos sobre su cabeza.

Abindarraez, ciego con la ponzoña de los celos, se ha olvidado de su honor y de lo ilustre de su prosapia... Por su mandato he salido á escaramucear contigo acompañado de cincuenta moros Zenetes que han quedado emboscados, y que tienen orden de matarte si vuelves vencedor á la ciudad.

Su intención es robarte á Fátima valiéndose hasta de la fuerza para conseguirlo... Mira el modo de esquivar á los que te aguardan... Marcha á Granada, y si es posible aún... sálvala.

Yo... sólo te pido en recompensa de mi revelación... que me perdones la parte que he tomado en esta emboscada.

A los pocos momentos espiró entre horribles convulsiones, dejando atónitos á los dos caballeros.

El Maestre fué el primero que rompió el silencio.

—Por fortuna,—dijo,—traje para mi seguridad, algunos de mis caballeros, que no están lejos, y que serán bastantes á impedir cualquier traición.

Tocó el Maestre una pequeña corneta que llevaba pendiente de una cadena de plata, y á los pocos minutos salió de hácia el soto de Roma (1) un lucido escuadrón de caballeros de Calatrava, que aunque corto en el número, era de lo más escogido de las huestes castellanas.

—Con esta escolta,—prosiguió el Maestre,—yo te aseguro que llegarás sano y salvo á Granada, aunque salieran en contra tuya cuantos guerreros encierran sus mil torres. Marcha, y si alguna vez te encuentras en aprieto, no siendo en materias que atañan á la religión que profeso, recuerda que el Maestre de Calatrava, siempre estará dispuesto á darte ayuda en la ocasión y sitio que se la demandes.

—Gracias te doy, valeroso Maestre, por la gran merced que me haces. Yo acepto tus ofrecimientos, y si Fátima oye mis ruegos y aprueba mis propósitos, tal vez muy presto se contará un nuevo guerrero entre las lanzas de Castilla.

—El cielo oiga tus votos,—dijo el Maestre,—y cambiando un apretado abrazo se separaron ambos caballeros, tomando el castellano el camino de sus reales, y Abenamar acompañado de su lucida escolta, la vuelta de la encantadora ciudad.

### III.

#### AMOR Y CELOS.

Amor si es menospreciado  
Nos causa penas crueles;  
Más con la hiel de los celos  
En tósigo se convierte.

(Romance inédito.)

Nos encontramos en un pequeño aposento ricamente ornamentado al gusto árabe.

Las prolifas labores de su elegante cúpula, el primoroso alicatado de sus paredes y la caprichosa filigrana con que se recorta el calado ajimez que se abre en uno de sus muros, hacen soñar en alguno de los encantados palacios descritos en las *Mil y una noches*.

En las estucadas paredes resaltan con vivísimos colores multitud de leyendas sacadas del Koran, y todas ellas con alabanzas á Alá.

Con estos mismos vivos colores están pintadas las bovedillas de la cúpula, figurando caprichosas estalactitas.

El mueblaje de este aposento corresponde á la riqueza de su ornamentación.

Mullidos divanes se hallan colocados á su alrededor, y sobre ellos blandos almohadones que convidan al reposo.

El pavimento se halla cubierto con una mullida alfombra de Persia, con dibujo de flores tan perfectamente imitadas, que parecen recién cortadas de sus tallos.

Las sedas más ricas y las más valiosas telas de Cachemira y de Damasco se ostenta por doquiera.

Una lámpara de alabastro velada por una pantalla de seda azul, alumbrá de una manera vaga y misteriosa aquel pequeño retrete.

La hada de este paraíso es Fátima la bien amada de Abenamar que se halla reclinada sobre una pila de almohadones, demostrando en sus miradas y en su actitud una ansiedad extrema.

Es el mismo día en que Abenamar ha debido llevar á efecto su duelo á muerte con Abindarraez. Ha llegado la hora de la noche en la que acostumbra ver á su enamorado caballero al pie de su ajimez; y ni éste se ha presentado, ni sabe el resultado del combate.

Las penosas impresiones que Fátima ha sufrido durante el día, se reflejan en sus brillantes ojos, noble destello de su alma.

La noche avanza con rapidez, y ni el más leve ruido turba el silencio de la morisca ciudad.

Negra nube empaña la frente de la hermosa, y la imagen sangrienta y mutilada de su adorado Abenamar se presenta á su vista, haciéndole ver claro y palpable lo que es sólo una quimera de su estraviada fantasía.

(1) Sitio real de los reyes de Granada.



En medio de su delirio corre al ajimez y abre con ímpetu sus pintadas vidrieras...

Su aterradora pesadilla se ha tornado casi en horrible realidad...

Fátima retrocede horrorizada, y apenas si puede tenerse sobre sus pies.

Abindarraez se halla delante de ella, y sólo un milagro del Eterno puede salvarla.

El moro no se detiene á vista de la impresion que produce.

Adelanta hácia Fátima, y con ronca y resuelta voz le dice:

—Os advierto, señora, que estais en mi poder, y que resuelto á jugar el todo por el todo, por nada ni por nadie retrocederé en mi camino. Os amo, y es tan voraz el fuego que abrasa mi corazon, que convertido en devorante hoguera, hará pavesas cuanto se oponga á su paso.

Fátima sin voz y sin movimiento parecía la estatua de la desolacion y del espanto.

—¡Ah!—continuó Abindarraez con un acento opaco, impregnado de la más amarga desesperacion;—¿por qué guardasteis para mí toda la hiel de vuestro desprecio y encendeis en otro un amor que haria las delicias de mi vida, y por el que daría hasta mi última gota de sangre? ¿Por piedad, Fátima!.. Aún es tiempo todavía y puedo detenerme á la orilla del precipicio que se abre ante mis pies.

—Una palabra que envuelva alguna esperanza, una sola mirada compasiva de vuestros hermosos ojos, y este hombre que no retrocede ante el crimen por poseeros, humillará su altiva frente, caerá humilde vuestras plantas y llegará hasta lo imposible por complaceros.

—¡Aún es tiempo!... decretad mi vida ó una eterna perdicion.

Fátima anonadada, en vano queria pedir socorro ó hallar fuerzas para huir.

Sus ojos extraviados vagaban sin direccion fija, lanzando de vez en cuando destellos de indignacion. Su cabeza se perdía en un caos de confusos pensamientos. La sangre que se agolpaba á su cerebro, hinchaba sus venas hasta el punto de hacerlas estallar.

La situacion se iba haciendo cada vez más tirante é insostenible.

Abindarraez en el parosismo de su pasion, se adelantó hácia Fátima casi hasta tocarla, y sin poder apenas pronunciar las palabras, prosiguió diciendo:—Por tí he olvidado las leyes de la caballería; por tí no he vacilado un momento entre la traicion más cobarde y la desesperacion de verte en brazos de otro.

Mis glorias, mis blasones, mis riquezas, todo, en fin, hasta esta existencia que me has hecho aborrecer, lo daría por una de tus miradas... ¡Oh! sé mía y el paraíso de Mahoma no tendría felicidad comparable á la que nosotros disfrutaremos.

Abindarraez cayó de rodillas y quiso estrechar entre las suyas una de las manos de Fátima. Esta, al sentir aquel contacto, como si la hubiera tocado un reptil ponzoñoso, retrocedió bruscamente, y recobrando todo su ánimo, dirigió al moro una mirada tan altiva y tan llena de desprecio, que aquel, como impulsado por una corriente eléctrica, se enderezó lleno de ira.

—Vas á saber,—dijo Fátima,—el caso que hago de las palabras y de las amenazas de un villano que así atropella cuanto hay de más sagrado para un caballero. Mi corazon y mi vida son de Abenamar. Para él mi amor y todos mis sueños de felicidad. Para tí mi odio y mi eterno desprecio.

—Muerto Abenamar por una traicion tuya, pues sólo así has podido vencerle; el santo Alá y mi valiente corazon me salvarán de tus asechanzas. Antes que ser tuya prefiero mil veces la muerte.

Al escuchar á Fátima, la fisonomía de Abindarraez se habia contraído de tal manera, que daba horror el mirarle. Sus lábios cárdenos murmuraban frases entrecortadas, que salian por entre sus apretados dientes como el silbido de una culebra: sus ojos parecían á los del tigre cuando acecha su presa y se goza en sus padecimientos antes de desgarrarla.

Al fin, venciendo la rabia que le devoraba, prorrumpió en estos términos:

—Basta ya de insultos y de desdenes. Tú misma, orgullosa Fátima, has roto con tus palabras el último dique que contenía mi furor.

El que ántes rogaba ordena: el que ántes se arastraba á tus pies se erige ahora en señor y te hará esclava de sus caprichos. Abenamar no se halla á tu lado para defenderte. Y esto dicho, trémulo de ira se dirigió hácia Fátima en ademan amenazador.

—¡Abenamar, Abenamar! Socorro...—exclamó Fátima cayendo pálida y casi sin sentido sobre uno de los divanes.

—Tus gritos son en vano: Abenamar no existe, y tus gentes no acudirán en tu auxilio porque se hallan á mi devocion. Ni el mismo Profeta sería bastante á librarte de mi poder.

—¡Santa Virgen de los cristianos!—exclamó esta cayendo de rodillas y llena de una terrible agonía. ¡Madre y consuelo de los nazarenos... sácame de este duro trance y yo te prometo consagrarte enteramente la fé de mi alma!...

No pudo decir más y cayó desvanecida sobre la alfombra.

Al mismo tiempo, y como si hubiera sido evocado por las últimas palabras de Fátima, un guerrero completamente envuelto en un largo alquicel y velado entre sus pliegues el semblante, apareció en el ajimez, y se precipitó alfanje en mano sobre Abindarraez, sin darle más tiempo que el preciso para ponerse en guardia.

Poco duró la lucha.

Abindarraez, herido de muerte, fué á caer sobre Fátima, que vuelta en sí por el golpe se alejó de él horrorizada.

El rostro del vencedor quedó descubierto.

Era Abenamar.

Abindarraez al reconocerlo entre las postreras convulsiones de su agonía, lanzó un grito de maldicion que salió de entre sus labios envuelto con su último suspiro.

Fátima dejó escapar una exclamacion de suprema alegría, y se arrojó delirante en los brazos de Abenamar.

—¡Ay! ¡A un mismo tiempo te recobro y te pierdo! He prometido ser cristiana y se ha hecho ya imposible el logro de nuestros amores.

—No, alma de mi alma. Yo tambien al librarme milagrosamente de las emboscadas de ese desventurado, he vuelto mi corazon al Dios de los cristianos. Él nos defiende desde hoy con su potente diestra, y unidas nuestras almas en la vida y en la muerte, gozarán bajo su amparo de una eterna bienaventuranza. Ensancha, pues, tu corazon, lucero de la mañana, y confía tu porvenir y tu dicha al que tanto te ama.

—Tuyo es mi corazon y tuya es mi vida. Muéstrame el camino y te seguiré sin vacilar.

—Los guerreros cristianos que me dieron escolta y que me ayudaron á vencer á los secuaces de Abindarraez, nos esperan emboscados no lejos de la puerta de Elvira: con ellos iremos seguros hasta los reales de los poderosos Reyes Católicos.

El Maestre de Calatrava será nuestro valedor, y ántes de que aparezca la primera luz de la mañana, nos reuniremos con él en la Fuente del Pino.

#### CONCLUSION.

A los dos meses de los sucesos que acabamos de referir, todo era bulla y animacion en los reales de Santa Fé, corte de los Reyes Católicos.

Iba á administrarse el sacramento del Bautismo á Abenamar y á Fátima.

Don Fernando y Doña Isabel eran los padrinos de esta ceremonia y del matrimonio que despues se celebró entre los dos nuevos cristianos.

Hubo espléndidas fiestas y generales regocijos para celebrar tan fausto acontecimiento.

El desgraciado rey Chico habia perdido una de las más fuertes lanzas con que ántes contaba para defender los ya vacilantes muros de la soberbia Granada, y las hermosas damas de Castilla veían entre ellas un nuevo y brillante sol que las eclipsaba á todas con su belleza.

RAFAEL MILAN Y NAVARRETE.

Madrid, 1879.—Imp. á cargo de D. B. M. Araque.  
Santísima Trinidad, 5.

## SECCION DE ANUNCIOS.

**LE CONSEILLER DES RENTIERS**  
PARIS — 1, Rue Maubeuge, 1 — PARIS  
LE PLUS INDEPENDANT DES JOURNAUX FINANCIERS  
Paraissant tous les Samedis. — **5 FRANCS** par AN (5<sup>e</sup> Année)  
**ACHAT & VENTE** de toutes valeurs cotées et non cotées. — Avances sur Titres et Pensions. — Opérations à Terme. — Achat de TOUTES VALEURS DIFFICILES à vendre. Tout Abonné recevra comme Prime gratuite l'**ALBUM-GUIDE** des VALEURS à LOTS, tableaux et dessins, ouvrage indispensable aux porteurs d'obligations à lots françaises.

**EL CONSEJERO DE LOS RENTISTAS**  
PARIS — 1, Rue Maubeuge, 1 — PARIS  
EL MAS INDEPENDIENTE DE LOS PERIODICOS FINANCIEROS  
Se publica todos los Sabados. — **5 FRANCS** al AÑO (5<sup>o</sup> Año)  
**COMPRA & VENTA** de todos valores cotizados ó no. — Operaciones a término. — Compra de todos valores difíciles de vender. Todo Suscriptor recibirá como Prima gratuita el **ALBUM GUIA** de los VALORES DE LOTES, rico volumen con cuadros y dibujos, obra indispensable á los que poseen obligaciones de lotes franceses.

## AGUINALDOS.

El dueño de los GRANDES ALMACENES DEL PRINTEMPS, en París, tiene la honra de anunciar á su numerosa clientela de España que acaba de publicar, con ilustraciones de lujo y escrito en castellano, el CATALOGO DE AGUINALDOS DEL PRINTEMPS.

Contiene este magnífico libro los modelos de las últimas y más ricas novedades que la industria de París inventa para regalos de AÑO NUEVO y NAVIDAD.

La casa del Printemps envía su catálogo gratis y franco á todo el que lo pide por carta franqueada dirigida

**A MR. JULES JALUZOT,**  
**GRANDS MAGASINS DU PRINTEMPS**  
**PARIS.**